

Memorias de exilio de un clérigo carlista (1868-1869)

JUAN CRUZ LABEAGA MENDIOLA

*A Javier María Pascual,
sangüesino, amigo*

1. APUNTES BIOGRÁFICOS

Cesáreo Sabio Tabar nació en Sangüesa el 25 de febrero de 1842 a las cuatro de la mañana, y este mismo día fue bautizado en la iglesia parroquial de Santa María. Era hijo de José Sabio, natural de Sangüesa, y de Micaela Tabar, natural de Arboniés. Se le puso por nombre José Cesáreo. Sus abuelos paternos, José Sabio, natural de Undués de Lerda (Zaragoza) y Sebastiana Cemboráin, natural de Sangüesa, residían en esta ciudad. Los maternos, Felipe Tabar, natural de Orradre, y Juana María Artieda, natural de Napal, vivían en Arboniés¹.

De muy joven ingresó en el seminario de Tudela para estudiar la carrera eclesiástica, que abandonó en 1868, cuando triunfó la revolución, la Gloriosa, y le obligó a emigrar a Francia. Sus memorias autobiográficas describen las circunstancias de este destierro. Desde allí marchó a Italia en 1869 a alistarse como zuavo pontificio para defender al papa Pío IX de los ataques de sus enemigos a su soberanía temporal, Estados Pontificios.

Mientras el bombardeo del ejército invasor a los muros de Roma, estuvo D. Cesáreo defendiendo la puerta de San Pancraccio durante cinco horas y media; aquí habían colocado los sitiadores treinta y cinco cañones. Ordenó el papa retirar sus tropas de las fortalezas de la ciudad, para evitar el derramamiento de sangre, y el seminarista permaneció en el ejército pontificio hasta la entrada en Roma de Víctor Manuel, el 20 de septiembre de 1870. Aquí estuvo prisionero durante un mes.

¹ Archivo Parroquial Santa María Sangüesa, Libro 59, *Bautismos*, fol.51.

Vuelto a España reanudó sus estudios sacerdotales en el seminario de Tarazona, donde fue familiar del obispo Cosme Marrodán y Rubio. En esta ciudad se ordenó de sacerdote el 21 de septiembre de 1872 a los treinta años².

Pensando en ejercer su ministerio en Sangüesa, el 31 de agosto de 1872, todavía diácono, solicitó al ayuntamiento de esta ciudad la capellanía de la misa de doce, hospital y basílica de San Babil, al cesar Francisco Ezpeleta. En la instancia hace constar su condición de hijo de viuda pobre. El asunto fue resuelto favorablemente al solicitante el 14 de octubre de dicho año, cuando éste ya estaba ordenado de sacerdote. Por acuerdo municipal se le nombró capellán, haciéndose cargo del hospital y del priorato de San Babil. Suponía este nombramiento un sueldo de 1.000 reales anuales y un trozo de huerta "bajo los balcones de su habitación en el Hospital". Su porvenir material quedaba así asegurado. Ejerció, a la vez, como capellán de la cofradía del Rosario, radicada en la parroquia de Santiago³.

Durante diecisiete años ejerció como capellán municipal hasta que renunció a este cargo, poco tiempo después de ser nombrado por el obispo diocesano, Antonio Ruiz Cabal, coadjutor de la parroquia sangüesina de Santiago en 1887⁴.

Una faceta poco conocida de este clérigo fue la de la enseñanza. Durante muchos años fue preceptor de gramática, y preparó en latín y humanidades a los jóvenes, que posteriormente ingresaban en el seminario diocesano con algún curso adelantado. Impartía las clases en su casa particular de la calle Población, antiguo palacio de los Íñiguez de Medrano, y de ahí que erróneamente se le ha llamado a este noble edificio El Estudio, cuando, en realidad, el famoso Estudio de Gramática, de origen medieval, estuvo situado en la calle de este nombre.

Falleció en Sangüesa de un "síncope al corazón", el 29 de abril de 1918, a los 76 años de edad. El 1 de mayo se le hizo en la iglesia parroquial de Santiago un funeral de segunda clase⁵.

2. CIRCUNSTANCIAS HISTÓRICAS

Los hechos narrados por el clérigo en sus memorias sucedieron durante los años 1868-1869 y fueron consecuencia de las circunstancias sociopolíticas ocurridas en España, principalmente de la revolución de septiembre, la llamada Gloriosa.

"Los progresistas luchaban contra los moderados, contra la iglesia y el clero, contra las instituciones y mantenían el principio de la voluntad nacional. Era partido de algaradas y barricadas urbanas que denostaba a los banqueros y burgueses, a los frailes y, sobre todo, a la reina, cuya conducta privada dejaba mucho que desear. El progresismo contribuyó al hundimiento del trono de Isabel II y luego desembocó, como última etapa de su demagogia, en la república federal"⁶.

² *La Avalancha*, nº 259, Pamplona, 23-XII-1905.

³ Archivo Municipal Sangüesa, Libro Acuerdos, 1872.

⁴ Ídem, 1888, marzo, 16.

⁵ Archivo Parroquial Santiago Sangüesa, L. 68, *Difuntos*, fol. 28.

⁶ BURGO TORRES, J. del, *Carlos VII y su tiempo. Leyenda y realidad*, Pamplona, 1994, pp. 50-51.

Muchas fueron las causas de la revolución: las ambiciones de los generales, la desmoralización pública, los conflictos sociales, la inestabilidad de los gobiernos, etc. Al grito de “Abajo los Borbones” se sublevó en Cádiz el jefe de la armada, almirante Topete. Algunos generales se unieron a la revolución como Prim, Espartero, el duque de la Torre y otros que firmaron el manifiesto de “España con honra”. Sucedió el 19 de septiembre de 1868.

Nueve días después, en Alcolea, cerca de Córdoba, las tropas leales a la reina del marqués de Novaliches fueron derrotadas por las del general revolucionario Serrano. Ambas tropas, ahora unidas, se dirigían a Madrid. La reina, que veraneaba en San Sebastián, huyó a Francia el 30 de septiembre, donde fue acogida por Napoleón III, casado con la española Eugenia de Montijo. Constituyóse en Madrid una junta revolucionaria presidida por el navarro Pascual Madoz.

Poco después el nuevo gobierno desarrolló una fuerte política anticlerical, algunas órdenes religiosas fueron suprimidas, se suspendió el pago del culto y clero y se ordenó realizar un inventario de las joyas de las iglesias. Éstas y otras medidas provocaron un creciente malestar en amplios sectores tradicionales.

Estas circunstancias coincidieron con el periodo de un catolicismo beligerante, frente a los planteamientos liberales, que en Navarra fue asumido por gran parte del clero, con un gran poder social, y por el carlismo. Muchas personas entendieron que este movimiento era la única salida a la crisis por la que atravesaba España. Las fuerzas tradicionales aceptaron la defensa de la religión ultrajada, pues se hizo creer la incompatibilidad de la revolución con la religión.

El carlismo, que en este periodo renace con fuerza, se identificó como movimiento de defensa católica frente al liberalismo, y Carlos VII, pretendiente al trono español y jefe del partido, que se hallaba en Francia, quedó convertido en símbolo de la monarquía cristiana. “La defensa de la iglesia católica se convirtió en tal motivo de inquietud, que algunos testigos de los sucesos aseguran que fue la razón principal del estallido de la guerra carlista de 1872”⁷. La actuación y el sentir de Cesáreo Sabio se manifiestan en este mismo sentido. Pronto comenzaron en Navarra, durante los años del gobierno revolucionario, los conatos de rebelión, como vamos a ver, que fueron sofocados duramente por el gobierno.

Un suceso que nos atañe, y al que se refiere largamente el manuscrito, pues Cesáreo Sabio intervino de una manera muy comprometida, fue la conspiración de Pamplona. Los carlistas intentaron ocupar su ciudadela militar como base importante de operaciones para iniciar la guerra. Don Carlos VII, desde Francia, aprobó el plan y aportó los fondos necesarios. La conspiración estaba dirigida por Isidoro Ternero, comisario regio carlista, desde Guadalajara, y el golpe de mano se efectuaría la noche del 24 al 25 de julio de 1869. Para esta operación se contaba con la fuerte suma de 30.000 duros. El movimiento iba a ser secundado por diversas guarniciones militares de Cataluña y Castilla, en San Sebastián, Zaragoza, etc.⁸.

⁷ ANDRÉS GALLEGO, J., *Historia contemporánea de Navarra*, Pamplona, 1982, p. 163.

⁸ PIRALA, A., *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, t.II, Madrid, 1853-1854 (varias ed.), pp. 412-415.

Los cabecillas de Pamplona fueron Félix Díaz Aguado, excapitán de artillería de la guarnición pamplonesa, Joaquín Elío, marqués de las Hormazas y oficial retirado, y el oficial de reemplazo José Aperregui. El golpe contaba con la colaboración de una parte importante de los militares de la guarnición, principalmente la artillería, y de la Guardia Civil. El objetivo era apoderarse de los 6.000 fusiles existentes en la ciudadela para poder armar a los voluntarios. Se pondría al frente del movimiento el brigadier carlista Mariano Larumbe. A la señal convenida de un cañonazo, que debía sonar a las doce, grupos de paisanos armados y no armados, que acudirían de diversos puntos de Navarra, penetrarían en la ciudadela por la puerta del Socorro. El levantamiento sería secundado en Puente la Reina, Estella y en otras poblaciones.

La conspiración fue descubierta a tiempo, pues las autoridades, tanto civiles como militares, estaban noticiosas de todo y dispuestas a ahogar la intentona desde el principio. El oficial Aperregui, que intentó entrar en la ciudadela disfrazado de asistente, fue apresado, lo mismo que Mariano Larumbe, que ya se había introducido en ella vestido de carbonero. También fueron detenidos todos los sargentos comprometidos; Díaz Aguado logró huir con antelación. Por orden de José Lagunero, jefe del mando militar en ausencia del jefe de la plaza Domingo Moriones, se adoptaron toda clase de precauciones y medidas para destruir completamente la conspiración.

Manuel Salcedo, el Corellano, agente de Joaquín Elío, fue detenido en el paseo de Valencia, y al intentar huir fue muerto a tiros. El propio Elío no consiguió ocultarse y descubierto fue herido y apresado. Otras muchas personas comprometidas fueron detenidas, otras huyeron a Francia, pues se declaró el estado de excepción. Un consejo de guerra sentenció a muerte a los cabecillas Larumbe, Aperregui y Elío, pero, ante las instancias de los propios militares liberales y del ayuntamiento pamplonés se les conmutó la pena por el confinamiento en las islas Marianas. Los dos primeros llegaron a su destino, no así Elío, que se fugó poco antes de embarcar en Cádiz.

El fracaso de la conspiración de Pamplona dejó sin base estratégica para otras sublevaciones que se produjeron en el resto de España, (Valencia, Aragón, Cataluña, León, La Mancha), y que fueron duramente reprimidas por las fuerzas leales al gobierno revolucionario. Como consecuencia de lo sucedido fue reforzada la guarnición de la capital navarra y se establecieron columnas volantes para recorrer la provincia, pues sus habitantes eran mayoritariamente seguidores de Carlos VII.

3. EL MANUSCRITO

Se trata de un cuaderno de papel pautado con cubiertas de cartón de 22 x 16 cms. Las páginas van numeradas de la 1 a la 77, las dos primeras muy deterioradas e incompletas. Perteneció a Petra Moreo Sabio, sobrina del autor del manuscrito, fallecida en Sangüesa en 1994, quien pocos años antes me autorizó a fotocopiarlo y a darlo a conocer. Tras una breve introducción, el texto comprende treinta pequeños capítulos y el relato queda interrumpido bruscamente con el título del capítulo treinta y uno. Es, pues, un trabajo inacabado, aunque la intención del autor fue concluirlo.

Fue escrito por el propio sacerdote en 1912, a los setenta años de edad, seis años antes de morir. Gozaba de una memoria prodigiosa, pues narra su-

cesos con todo tipo de detalles, que habían ocurrido cuarenta y cuatro años antes. Junto a acontecimientos importantes, va desgranando curiosas anécdotas de la vida cotidiana de las personas y, sobre todo, transparenta su propia ideología.

El propio autor nos asegura que se decidió a escribir sus memorias a ruego de algunos amigos, aunque suponemos que con cierta desilusión: “esperando sucesos y acontecimientos, que debían establecer días de paz y bienestar en España, pero que no llegaron”. Cronológicamente abarcan un periodo de dos años, 1868-1869, y su protagonista era entonces un estudiante de cura piadoso y entusiasta del carlismo, que contaba veinticinco años de edad.

Las circunstancias de persecución religiosa en el seminario de Tudela le impulsaron a emigrar a Francia en octubre de 1868. Un número considerable de navarros, sacerdotes, seglares, jefes carlistas, de las Améscuas, la Barranca, Pamplona, Tudela, Sangüesa, Corella, Aibar, etc., se concentraron en una zona comprendida entre Bayona y Olorón, Bajos Pirineos. Bayona fue el principal centro de acogida de los emigrados. Aquí esperaban que les mandasen empuñar un fusil y entrar en España “para defender la religión ultrajada”. Se sentían “emigrados de la causa católica”, dispuestos a defender “la causa tres veces santa de Dios, Patria y Rey”. En ninguna ocasión hace referencia a los fueros.

La narración muestra las penalidades y privaciones que pasaron los emigrados para poder subsistir en aquellas tierras, aunque, a decir verdad, contaron con las ayudas de algunos legitimistas franceses, como las del vizconde Barraute, cuñado del general carlista Elío, que les dio refugio y comida en sus posesiones. Tampoco fueron especialmente perseguidos, pues generalmente gozaron de cierta libertad de movimientos. No hay que olvidar el aprecio que sentía por la causa carlista la emperatriz española Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III.

Impaciente el seminarista por la prolongada espera, lejos de su patria, determinó, acompañado de un amigo, cruzar la frontera por Valcarlos el 20 de junio de 1869 “para examinar el espíritu del País”. A lo largo del trayecto no pudo evitar, aunque lo intentó, el encuentro con los carabineros, y hasta en su propia casa, en Sangüesa, estaba alojado uno de ellos. Por resultar sospechoso y “para evitar contratiempos y desazones a su madre”, decidió regresar a Francia. En estas circunstancias, fue llamado a Pamplona por Mariano Larumbe, importante jefe carlista, para encomendarle un difícil y arriesgado papel en la preparación de la conspiración y toma de la ciudadela militar.

En cuatro capítulos describe la intentona fracasada de Pamplona, entre el 25 y el 27 de julio de 1869, con todo lujo de detalles, jugándose la vida, pasando armas de una casa a otra. Abortada la conspiración, huyó inmediatamente a Francia, por Roncal, a la residencia del vizconde Barraute, en donde, según el manuscrito, “comuniqué a mis amigos mis tristes impresiones de lo acaecido en Pamplona en reserva, pues de saberlo, muchos se hubieran desesperado de que los acontecimientos se habían retrasado para dos o tres años, y había que principiar los trabajos de nuevo...y la guerra principió en 1873”.

Contrariado, y no pudiendo soportar la espera “de la orden de tomar el fusil y entrar en España a hacer la guerra a la república, que era la vergüenza de nuestra nación”, determinó ir a Roma a enrolarse en los ejércitos del pa-

pa, en guerra contra los revolucionarios que querían apoderarse de los Estados Pontificios. Aquí termina el manuscrito.

4. LAS MEMORIAS

Invitado por algunos amigos a dejar memoria de los sucesos de la emigración del año 1868, después que han pasado 44 años, me animo a relatar fielmente varios sucesos de los muchos que me acontecieron, y aunque en sí no valen nada, muchas veces recrearán el ánimo del lector, porque si algunas personas hallan placer y recrean su espíritu y pasan el tiempo leyendo novelas, que no dicen palabra de verdad, sino que son el relato fingido de individuos, que por cierto nada tienen de morales y en vez de moralizar suelen pervertir la juventud, creo hallarán muchas personas placer en pasar la vista leyendo los sucesos verdaderos, y muchos de éstos recreativos e instructivos para las personas inexpertas, que sólo han visto el hogar de su casa, donde nada les ha faltado, porque sus padres han atendido el bienestar de sus hijos y demás familia.

Supuesto esto, sin más preámbulos, paso a escribir mis dos años de correr por el extranjero esperando sucesos y acontecimientos, que debían establecer días de paz y bienestar en España, pero que no llegaron.

Capítulo 1º

El año de 1868, en el mes de setiembre, se inició la revolución que dio con el destronamiento de Isabel 2ª al grito de ¡Viva España con onra!⁹. Si serían hombres honrados los generales Topete que sublevó la marina, Izquierdo la guarnición de Sevilla y demás tropas de las provincias de Andalucía, a cuyo encuentro fue desde Madrid el general Novaliches, pero derrotado éste en el puente de Alcolea tomó grandes (.....) la revolución en Madrid y demás destacamentos de Castilla¹⁰.

El general Rezuela, que ha muerto a los 90 y más años, se hallaba en Cataluña al frente de más de 20.000 soldados de todas las armas, en él se tuvo (.....) alguna confianza que podía defender a su Reyna, pero entregó su espada y mandó a los revolucionarios sin importarle un ardite la suerte de esta Señora, que, viendo a sus adeptos entregados a los revolucionarios, tomó el camino de Francia, no sin haber invitado a las diputaciones de Navarra y Provincias Vascas tomasen parte en su defensa, que no aceptaron¹¹.

Capítulo 2º

Vence la revolución en toda España, se desmandan los malvados, sus primeras víctimas son los religiosos y religiosas, los arrojan de sus conventos, y acinan a las religiosas de diferentes religiones y comunidades, haya o no haya local, en un convento. Y para hacer estas azañas basta que un partidario de la Gloriosa, así llamaban a la revolución, se le ponga en la mente, que todos asienten a su voluntad, y se da por bien hecha, no importa que las vírgenes del Señor se desmayen al verse arrojadas de sus moradas y lleguen hasta perder la razón.

⁹ El manifiesto "España con honra", firmado por los revolucionarios, fue redactado por el literato y político Abelardo López de Ayala.

¹⁰ La batalla de Alcolea, cerca de Córdoba, fue librada el 28 de septiembre de 1868 entre el marqués de Novaliches, leal a la reina, y el general revolucionario Serrano.

¹¹ Isabel II partió para Francia, desde San Sebastián, el 30 de septiembre.

Hay que dar gusto al albéitar, cacique principal de la calle donde habita, y tiene necesidad de ensanchar su casa y darle más vista, para visitar y calzar a los cuadrúpedos de su clientela y salir de la opresión en que ha vivido desde que tomó el título, pues el oír el sonido de las campanas y las voces de las que alaban al Señor en su retiro le ofenden sobremanera, y tiene empeño en quitarse a las vecinas que tarde, mañana y a media noche le recuerdan que hay otra vida llena de delicias a la que todos debemos aspirar, pero que él aborrece. Esto sucedió en Zaragoza, se derribó el convento de Santo Domingo para dar gusto y placer al cacique.

Capítulo 3º

Todos los días llegaban noticias de los desafueros que se cometían contra las personas sagradas y honradas de las ciudades, villas y pueblos, no se pensaba mas que en insultar y vejar a los hombres pacíficos, creían que en cada seminario tenían una fábrica de armas los reaccionarios.

En Tudela se encargaban de celar las personas que entraban y salían del seminario dos señores embozados con sus grandes mantas y trabucos bajo de ellas, el rumor de las mugeres era que éstos eran el Romo? de Moneo y el comerciante en trigo Castellano, el primero habitaba en (.....) y el segundo en la Carrera de las monjas Claras.

El que esto escribe salía o era enviado todas las noches por el correo que llegaba de Madrid a las siete y media y tropezaba de muy cerca con los de las mantas, sin que les viera jamás el rostro, ni le dijese una palabra; el peligro existía de que cometiesen éstos, u otros en su nombre, alguna acción poco agradable, pues se susurraba que en breve se registraría el Seminario, donde había gran cantidad de armas y había que apoderarse de ellas.

En esto estaban equivocados, sólo había por toda defensa un revólver de reglamento con su caja de municiones, por si acaso llegaba alguna ocasión de necesitarlo para el momento, llamar la atención del vecindario y ser asistidos en la brevedad posible; esto se pensaba y nada más¹².

Capítulo 4º

Las cosas se complicaban, de manera que la estancia en Tudela era casi imposible para algunos. (Me llamó el Señor Mayordomo y me dijo que les acompañara a Francia, a otro señor Catedrático y a él, sin que lo supiese nadie, llevaría dos maletitas, tomaríamos los billetes y nos largaríamos, todo en silencio. Así se hizo en el mes de octubre de 1868, en la creencia que nuestra vuelta sería pronta, según las noticias que llegaban demasiado abultadas y el triunfo tenía que ser seguro en breve).

Los insultos no cesaban, bastaba que una persona fuese religiosa para que fuese objeto de chacota y burla, como se puede colegir del caso siguiente. El Señor Rector puso en una caja objetos de valor para enviarlos a su familia que habitaba en Nuévalos, partido de Calatayud, llamó al fámulo de su confianza y le dijo fuera a la estación, pues tenía que facturar la caja que tenía presente, y sin vacilar la tomó y se dirigió a cumplir lo mandado.

¹² En Tudela se constituyó una Junta revolucionaria y lanzó su proclama el 1 de octubre de 1868 al grito de ¡Abajo los Borbones! y ¡Viva la Soberanía Nacional!

Se hallaba el factor ausente por el momento y el jefe de la estación quiso suplirle, pidió él la dirección, nombres del remitente y recipiente. Lo mismo fue oír que era Don Miguel (.....), Rector del Seminario, cuando aquel hombre fiero se despachó en injurias contra monjas, religiosos y sacerdotes que no se le podía oír con calma, tales eran las palabras soeces que salían de su boca cuales no había oído jamás el muchacho, ni oyó después de 50 años. Éste, impresionado por lo que oía, le hizo alguna reflexión razonable acerca del objeto que llevaba, pero no cejó en su lenguaje desonesto, tanto que hubo de decirle que un hombre que tenía educación y vergüenza no usaba de palabras tan poco cultas delante de persona alguna.

Aquí ardió Troya, se cree injuriado, grita, escupe venablos, contra el joven, acuden algunos empleados al ruido que presenta su señoría, él se envalentona más y más, ya es poco matar a joven estudiante; este joven no tiene nada de cobarde porque le hace frente o le da la cara, no huye, corre a tomar la escopeta para matarlo. A ruego de algunos que van llegando, deja el local el muchacho contra su voluntad por evitar un conflicto, éste no quiere pasar por cobarde ni presentarse sin la factura a su señor.

Llega y ve que todos están en el refectorio, se dirige a la rectoral, abre la puerta, toma el revólver que él ve encima de la mesa y se dirige a la estación, suceda lo que suceda, por el talón de la caja no facturada antes por el conflicto que se armó con el jefe. El follón se ha calmado, allí no se ve más que un empleado, todo está en silencio, cuando se presenta el joven empleado queda sorprendido de ver que éste, que hace poco se le ha echado de allí con amenazas y malos modos, tenga valor de hacer la vuelta tan pronto, lo mira de arriba abajo, no le pierde vista y le dice qué intención lleva.

Responde que sólo pide la factura o talón de la caja que todavía está en el peso, lo estiende y se lo alarga, lo toma y le pregunta por el valiente de la escopeta y dice que está retirado. Este joven fámulo no lleva intención de vengar la injuria, pero sí de defenderse hasta hacer saber al valentón que no se insulta a mansalva a personas pacíficas, ni se usa de lenguaje obsceno delante de hombres decentes.

Capítulo 5º

En el periodo álgido de la revolución y amenazas de los radicales me entregó el Superior la cantidad de 1.000 duros y 200 de fondos de capellanías; éstos los puse en sitio seguro donde no era fácil dar con ellos a viviente alguno, lo que me sirvió de carga pesada. Resuelto a emigrar, hice entrega de ellos a Don Miguel (.....).

Al día siguiente, por la mañana, me llamó el Mayordomo y me dice si quería acompañarlo a Francia en compañía de otro Señor respetable, catedrático del Seminario, donde estaría a su servicio durante la emigración, sin que me faltase cosa alguna. Aceptada la propuesta, a la mañana del siguiente día, tomé en silencio dos maletas, tomé los billetes y nos largamos; era el mes de octubre de 1868, no recuerdo la fecha, pero debía ser bien adelantado el mes.

Las noticias de la contrarrevolución eran alagüeñas, creíamos volver pronto triunfantes, pero las cosas de palacio van despacio, como se verá más adelante, y no siempre salen bien ni como se desea. Así sucedió a la causa tres veces Santa, unas veces porque no faltaron escollos ni pequeños alborotos, como Puy el de Cascante que comprometió a los corellanos y con peligro de ser asesinados multitud

hombres inocentes, si no hubiera habido una alma noble y leal que avisó a tiempo la trama urdida por el Señor citado, después nombrado notario de la villa de Roncal en premio de sus azañas, donde lo vi segunda vez. La primera fue en Bayona, cuando vino allí como agente carlista y volvió a preparar la asonada dicha y por cuenta propia en connivencia con los radicales de Tudela y su guarnición.

Capítulo 6º

Como digo en el capítulo anterior, tomamos el tren sin despedirnos de nadie, alegres y contentos de dejar de estar celados por gente non santa y espuestos a ser asesinados, como lo fue Gandiaga por los modernos salvages el día 22 de abril de 1869³. El camino de yerro no siempre está esento de personas conocidas, en Irurzun nos saludó José María Javala, natural de Roncal villa, y criado en Sangüesa, donde faltava hacía bastante tiempo, a quien correspondimos con nuestro saludo, pero oculté la verdad de nuestra dirección y motivo de ella, y a quien no he vuelto a ver, pero sé que fue adquirir tesoros América y murió en un hospital fundado por el canónigo Ortiz, que dirigía las masas republicanas en las calles de Málaga, delante de las barricadas, contra el general Caballero de Rielas, vencedor allí como en Valencia de éstas en el año 1869.

Este Señor canónigo murió en desafío con el seglar Raúl Angulo, republicano rojo, emigrado, según se decía, por haberse hallado complicado en el asesinato del general Prim en Madrid⁴, la noche anterior a la entrada del Rey Don Amadeo de Saboya, hijo del excomulgado Víctor Manuel, instrumento que sirvió la logia? para el despojo de los Estados Pontificios, que los zuavos defendieron en la memorable batalla de Castelfidardo.

También tuvimos otro encuentro agradable que fue un señor de nuestras ideas, servidor de el varón de la Torre⁵, que a la sazón hallábase en Bayona y llevaba recursos para hacer más llevadera la emigración. Con este Señor entramos en Bayona y nos dirigimos a la casa de huéspedes de Tomás Roma, natural de Cortes de Navarra, y su Señora llamada Carmen Arteche, natural de Sumbilla, señora de piedad acrisolada y de toda confianza, no así su hermana María.

Capítulo 7º

Aquí permanecemos seis días, donde advertí que en la tienda de la entrada, arrendada a una viuda vasca, comían varios jóvenes de Aybar, algunos riojanos y otros más emigrados; todos habían huido de sus pueblos por causa de la revolución, o sea perseguidos por los revolucionarios. Allí eran favorecidos por los jefes del partido carlista Señor Argonz, Zunzarren y Miranda⁶, huéspedes de casa la Pastora, señora natural de Aoiz, que habitaba calle España, a donde acudían a co-

³ Tadeo Gandiaga perteneció a la Junta Suprema del Gobierno de Navarra, nombrada al destronamiento de Isabel II y encabezada por el general Domingo Moriones y Muriello. También fue gobernador civil interino. (La mayor parte de los datos biográficos, ver, BURGO, J. del, *Bibliografía de las Guerras carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX*, Pamplona, 1954-1955).

⁴ Efectivamente, José Paul Angulo fue responsable de la muerte de Prim, tiroteado el 27 de diciembre de 1870.

⁵ Formó parte del Consejo nombrado por Carlos VII en París a partir de noviembre de 1868.

⁶ José Argonz fue comandante general carlista en 1874 y Joaquín Miranda brigadier de infantería.

brar su peseta los jóvenes mencionados; otros había que trabajaban y ganaban con el sudor de su frente el pan que comían honradamente, aguardando el día que se les mandara empuñar el fusil y entrar en España a defender la religión ultrajada.

Pero las cosas iban despacio, el gobierno de Madrid aprietaba al de Francia para internar a los españoles de la frontera, y tenían que ocultarse y salir con toda cautela para poder habitar cerca de España. Nosotros pasábamos por independientes y no se nos molestaba lo más mínimo, sin embargo, por ser menos conocidos y tal vez molestados por la policía, nos buscamos cerca del convento de Capuchinos una casa llamada de madama López, bilvaína, viuda de un jefe famoso y de mucha historia, procedente de la Guardia Real de Madrid, el que, complicado en todos los movimientos del partido carlista y sentenciado a muerte en Bilbao, pudo huir de ella escondiéndose en un convento de religiosas, y después de pasado algún tiempo, sobre tres meses, pudo él pasar la vigilancia que se tenía sobre este señor temible. Ayudado de un guía fiel, pudo llegar a Francia, donde se estableció y murió dejando a su mujer y tres hijos, que pasaban la vida con una tienda de comestibles que les daba para el sustento del día y con los huéspedes que recibía, todos emigrados por causa de la revolución, o sea la Gloriosa del 68.

Capítulo 8º

Establecidos en esta casa Don Babil Barón, Don Francisco Pui y Don Cenón Campos, de Tudela los dos últimos, y amigos íntimos los tres, cuidaba de hacerles la compra y gobernarlos lo más económicamente posible, sin faltar a la decencia que se debe en la mesa y limpieza y demás necesidades de la vida de sacerdotes emigrados. Teniendo cerca la iglesia de Capuchinos, allí se dirigían a celebrar y yo a oír la Santa misa y demás prácticas religiosas y cristianas de un católico, pronto a defender la religión y la causa tres veces Santa de Dios, Patria y Rey.

Así se deslizaban los días, y vinieron a unirse con nosotros Don Manuel Arreche de Tudela y Don Celedonio Alcoya de Sangüesa, éste oficial de la guerra de los siete años. Todos vivíamos en buena armonía, pero la entrada en España se retardaba y cada día nos parecía un año, y más a los dos seglares; se han pasado tres meses y se resienten las bolsas, yo que estaba bien con los señores sacerdotes, a quienes servía fielmente y sin salario, pues me tenía por dichoso con que me dieran de comer.

Noté que los seglares indican que ellos harán el servicio que yo hago, y con esto se quitan la carga de mi manutención; los comestibles han encarecido algo, en las vigiliass de Cuaresma el pescado no se puede alcanzar a ningún precio, pago doble que entre año y no satisface esto a los señores, creen que no es cierto lo que les digo y les defraudo, pero están en un error, se me acompaña a la compra por uno de los dos seglares, ve cómo se pagan las cosas.

Pero en estos días llegan de San Juan de Pie del Puerto dos sangüesinos, víctimas de la revolución; tenía tres pesetas guardadas, que había entrado en Bayona, con ellas, y como llegan cansados y de hambre, les hago de comer y compro un litro de vino para los dos, y quedan reforzados de la caminata bastante larga, que se han tomado por vernos y saver algo de cómo van los asuntos de nuestra causa, que estaba paralizada y no daba muestras de activarse.

Capítulo 9º

Comienzan los trabajos y Dios me da paciencia para sobrellevarlos. Hay dos sangüesinos y dos tudelanos, Sagasetta y Labastida, llegados hacía dos meses, ha-

bíanse alojado cerca de madama López, allí aguardaban el día de entrar en España con muchas privaciones.

Los sangüesinos Tomás Domeño y Bonifacio Tabuada se alojan en casa de María, hija de madama López, casada con Monsieur Alfredo, pintor de brocha gorda, allí gastan a dos reales, 50 céntimos cada uno, para posada y comer manutención; se llegan un día los gendarmes y los internan a éstos y a todos los españoles que están emigrados por causa de la revolución hasta Limoges, Nantes, etc. Con el deseo de entrar a su patria, burlando esta policía, dejan a Limoges, emprenden el camino hasta Bayona sin recurso alguno, pidiendo un pedazo de pan a las almas que quieren alargárselo y andando 20 leguas por día, se presentan en Bayona para vivir con escasez de todo género, porque hasta la ropa se hace vieja, y los recursos se agotan y no llegan otros nuevos. La persecución se presenta cada día más fuerte para la juventud carlista, todos tienen que vivir ocultos para evitar la pista de la policía, so pena de marchar segunda vez al interior.

Yo sigo en el mismo estado, pero los días están contados, tengo ocasión de ponerme cocinero con un título del partido moderado o sea de Isabel, que me proporciona una joven que me ve ir a la compra, pero antes me dice quiere verme la Señora. Me presento en su casa, me examina y dice cuál es la causa de hallarme en Bayona, yo le manifiesto sencillamente todo y me dice que ya me darán aviso con la joven que me ha proporcionado el ir a su presencia.

Pero conocí que no les convenía mi servicio, pues no eran amigos de seminaristas y de ideas tan diferentes y opuestas, que ni yo hubiera podido permanecer, ni ellos me hubieran tenido, porque nadie quiere estar cohibido para manifestar y hablar con confianza aquellas cosas que son necesarias saber en una familia, como era aquélla, según me dijeron perteneciente al general Reina, defensor de la rama alfonsina¹⁷.

Capítulo 10º

La persecución arrecia, los jefes carlistas que proporcionaban los recursos para los jóvenes emigrados tienen que ocultarse, de manera que la policía no se aperciba dónde se hallan. Todo se presenta obscuro para la permanencia en Bayona, yo paso como sirviente de los Señores Sacerdotes y me respetan los gendarmes, pero esta seguridad concluye para mí. La cuestión económica hace que yo conozca no debo estar más tiempo prestando mis servicios a los Señores con quienes entré en Francia, porque los Señores Arreche y Alcoya se prestan a servirlos, y así se ahorran la manutención de uno que suponía mucho gasto en aquella ocasión.

Así que una tarde del mes de abril me pareció sería de su agrado mi separación y, sin decir palabra, ni quejarme, resolví no volver a casa de madama López y buscarme la vida por donde pudiera honradamente. Tenía dos pesetas de las tres que entré en Francia, con tan pequeños recursos no me atrevo a buscar posada y resuelvo, después de haber visto cerca de Capuchinos un montoncito de helechos, acostarme en ellos. Pero cuál fue mi sorpresa después de las 9 de la noche al tenderme en ellos que me clavé en el cuerpo las pinchas que, a manera de cardos, se crían entre éstos y son cortadas con la guadaña a una con éstos, y todo junto es recogido para camas de los corrales y convertirlo en estiércol.

¹⁷ Tomás Reina, general de infantería, luchó contra los carlistas en la campaña 1872-1876.

Me levanto de allí, tanteo si será posible apartar los helechos de las pinchas y veo esto imposible; entonces me dirijo a casa de madama López, ésta está cerrada con llave y no llamo, me entro en Bayona a la calle de Pescadería a una casa donde había cuatro personas escondidas, para no caer en manos de la policía, llamo en la puerta del primer piso, después del permiso para pasar adelante, saludo a la Señora Josefa, vasca, que estaba acostada, le explico el objeto que me lleva allí, y pese a su buen corazón no me da cama para pasar la noche, porque tienen todo ocupado, y una niña de pechos que tiene está agonizando. Es totalmente imposible que yo pase la noche allí, ésta empeora y está fría por el viento norte que sopla bastante destemplado.

Salgo y me dirijo por los mismos pasos a donde se hallan de posada Sagaseta y Labastida, ignoran que yo no vuelvo a casa de madama López y cuando aparento que me voy a marchar, porque se hace tarde, me invitan a quedarme y dormir con ellos, pues tenían la cama grande, donde muy bien podían acostarse tres, y me dicen que es tarde y que estarán durmiendo. Yo, que no quería otra cosa que ser invitado, admití el ofrecimiento dando gracias a Dios que, en medio de mi apuro, ha dispuesto las cosas tan favorables para que durmiese en buena cama y sin pagar un cuarto.

Capítulo 11º

Aquella mañana después de levantarme me dirigí a Capuchinos a dar gracias por el beneficio recibido y pedir otros de los que me hallaba necesitado. Oída la Santa misa, me dirijo a casa de Alfredo, pintor de brocha gorda, donde se encuentran mis paisanos Tomás y Bonifacio, y les hago poner un poco de comida para mí por causa que no vuelvo a servir a mis Señores. Llega la noche y la cama es justa para los dos, yo, que soy el tercero, no quepo en ella, ni María esposa de Alfredo tiene otra para mí, y disponemos que me acostase en los pies, recogiendo éstos los pies por arriba.

Así nos acostamos, pero a la mañana salgo molido en el cuerpo de las patadas que, después que se durmieron, me daban, sin que tuvieran advertencia de ello. Pasamos el día con nuestra parca comida y llega la noche, determino dormir entre cuatro sillas para no salir baldado de todo el cuerpo, pero me dicen se reprimarán y no bajarán los pies, a fin de que descanse y no tenga frío. Pero en media noche tengo que dejar la cama, porque no puedo valerme de mis dolores, y no creo es imposible, por propósitos que hagan, puedan contenerse para que yo descanse. Sin tener noticia, me levanto y me acuesto en las sillas.

Así pasaron dos días más, cuando una mañana se presentan los jefes carlistas preguntando por nosotros, y nos preparamos para las dos de la tarde, que tenemos que ir al tren y salir de Bayona para una posesión que tiene el conde Barrot, cuñado del general Elío¹⁸, en los Bajos Pirineos, cerca de Sauveterre, Salvatierra.

En aquel día salieron de los escondrijos todos los jóvenes que permanecían ocultos escondidos, con gran sorpresa de la policía bayonesa que no sabía darse cuenta de nuestra marcha ni a dónde nos dirigiámos. Montamos en el tren a la

¹⁸ El pamplonés Joaquín Elío, marqués de las Hormazas, formaba parte del consejo particular de Carlos VII. Tomó parte en 1869 en la intentona fracasada de Pamplona; posteriormente fue nombrado general en jefe de los ejércitos de Navarra y Vascongadas.

hora designada, contentos como si fuésemos a la gloria, llegamos a Puyoo, estación donde había que desmontar para tomar la carretera que conducía a Barraute. Tomás y yo tomamos asiento en el coche correo que se dirige a Salies, también viene con nosotros un Monsieur que parece persona decente, pero no lo es, según lo que voy a referir de este señor.

No sé con qué motivo saqué la cartera, y en ella llevaba, entre otros objetos de devoción, una buena porción de retratos de San Luis Gonzaga, que Don Raúl Barón había mandado hacer una tirada para repartir a los jóvenes socios y otras personas devotas del santo. A mí me había dado tres o cuatro docenas, las daba y repartía a las personas que me parecía apreciaban y tenían gran estima al santo. Así que, después de haber repartido buena porción, aún me quedaban algunos; y después de dar a mi amigo y paisano Tomás uno, me pareció que el Monsieur deseaba le alargase un retrato del santo, lo recibió con muestras de agradecimiento, sacó la cartera y lo puso con cuidado en ella.

Cuál fue mi sorpresa, cuando de la misma cartera saca dos objetos desonestos y nos los ofrece como la cosa más natural del mundo, sin inmutarse lo más mínimo, cuando nosotros no sólo no quisimos recibírselos, sino volvimos la vista a otro lado por la repugnancia que nos causaban tales objetos, que no conviene ni nombrarlos, por la repugnancia que causaría a toda persona amante de la pureza y castidad.

Ya no lo miramos, ni le dirigimos la palabra por la repugnancia que nos causaba tal persona, cuando salió del coche hicimos nuestros comentarios y tomamos la resolución de no dirigir cumplimiento a ningún francés que se asociase a nosotros, ya fuera en coche o camino de hierro.

Capítulo 12º

Llegada a Barraute. Dejamos el coche en Salvatierra y, pasando por pequeñas aldeas, llegamos a la para nosotros tierra de promisión, o sea a la posesión del conde Barrot¹⁹. Se nos aloja en la Maisonette o casita dentro de la posesión, donde no falta de nada que lícitamente apetezca el hombre, allí hay huerta, fuente hermosa con tres caños que dan agua abundante, invernadero donde se ve el naranjo, el limonero con sus frutos correspondientes. A esta posesión llegan todos los que en Bayona permanecen retirados de la vista de la policía, los del interior que van llegando medio estropeados y ambrientos; allí se reúne la juventud de muchos pueblos de Navarra, de Sangüesa, Tudela, Pamplona, Puente la Reina, las Améscuas, la Barranca, etc.

Los días laborables, si el tiempo lo permite, salen a trabajar para estar ocupados, se nos dan dos ranchos de judías y tocino, y pan abundante, y dos vasos de vino del país, con lo que todos estamos contentos y satisfechos. Reina buena armonía en todos, y la policía no se mete con los antes perseguidos para nada, han cesado las persecuciones enteramente, sólo deseamos entrar en España, los momentos se nos hacen siglos, pero ya esta vida era bastante diferente de la de Bayona.

¹⁹ El vizconde de Barraute pertenecía al consejo privado de Carlos VII. En su residencia castillo, cerca de Sauveterre (Francia), se alojaron muchos emigrados, incluso el propio Don Carlos en agosto de 1869. Estaba casado con Doña Maravillas, hermana del general Elío.

hora designada, contentos como si fuésemos a la gloria, llegamos a Puyoo, estación donde había que desmontar para tomar la carretera que conducía a Barraute. Tomás y yo tomamos asiento en el coche correo que se dirige a Salies, también viene con nosotros un Monsieur que parece persona decente, pero no lo es, según lo que voy a referir de este señor.

No sé con qué motivo saqué la cartera, y en ella llevaba, entre otros objetos de devoción, una buena porción de retratos de San Luis Gonzaga, que Don Raúl Barón había mandado hacer una tirada para repartir a los jóvenes socios y otras personas devotas del santo. A mí me había dado tres o cuatro docenas, las daba y repartía a las personas que me parecía apreciaban y tenían gran estima al santo. Así que, después de haber repartido buena porción, aún me quedaban algunos; y después de dar a mi amigo y paisano Tomás uno, me pareció que el Monsieur deseaba le alargase un retrato del santo, lo recibió con muestras de agradecimiento, sacó la cartera y lo puso con cuidado en ella.

Cuál fue mi sorpresa, cuando de la misma cartera saca dos objetos desonestos y nos los ofrece como la cosa más natural del mundo, sin inmutarse lo más mínimo, cuando nosotros no sólo no quisimos recibírselos, sino volvimos la vista a otro lado por la repugnancia que nos causaban tales objetos, que no conviene ni nombrarlos, por la repugnancia que causaría a toda persona amante de la pureza y castidad.

Ya no lo miramos, ni le dirigimos la palabra por la repugnancia que nos causaba tal persona, cuando salió del coche hicimos nuestros comentarios y tomamos la resolución de no dirigir cumplimiento a ningún francés que se asociase a nosotros, ya fuera en coche o camino de hierro.

Capítulo 12º

Llegada a Barraute. Dejamos el coche en Salvatierra y, pasando por pequeñas aldeas, llegamos a la para nosotros tierra de promisión, o sea a la posesión del conde Barro¹⁹. Se nos aloja en la Maisonette o casita dentro de la posesión, donde no falta de nada que lícitamente apetezca el hombre, allí hay huerta, fuente hermosa con tres caños que dan agua abundante, invernadero donde se ve el naranjo, el limonero con sus frutos correspondientes. A esta posesión llegan todos los que en Bayona permanecen retirados de la vista de la policía, los del interior que van llegando medio estropeados y ambrientos; allí se reúne la juventud de muchos pueblos de Navarra, de Sangüesa, Tudela, Pamplona, Puente la Reina, las Améscuas, la Barranca, etc.

Los días laborables, si el tiempo lo permite, salen a trabajar para estar ocupados, se nos dan dos ranchos de judías y tocino, y pan abundante, y dos vasos de vino del país, con lo que todos estamos contentos y satisfechos. Reina buena armonía en todos, y la policía no se mete con los antes perseguidos para nada, han cesado las persecuciones enteramente, sólo deseamos entrar en España, los momentos se nos hacen siglos, pero ya esta vida era bastante diferente de la de Bayona.

¹⁹ El vizconde de Barraute pertenecía al consejo privado de Carlos VII. En su residencia castillo, cerca de Sauveterre (Francia), se alojaron muchos emigrados, incluso el propio Don Carlos en agosto de 1869. Estaba casado con Doña Maravillas, hermana del general Elío.

Se nos proporcionan buenos colchones de lana para dormir, a mí me toca el peor, o sea el que tiene poca lana, pero lo agradezco en gran manera, porque si duermo media noche de memoria? y la otra media boca abajo para aplacar el dolor de riñones que es bastante fuerte. Tampoco pago nada, y aún ruego por los señores que tan gran caridad hacen con los emigrados de la causa católica.

Capítulo 13º

Soy elegido por el Señor Barón para comprar el tocino en el mercado de Sauveterre, Salvatierra, a donde voy todos los días de mercado a casa Monsieur Antonio y Catalina, éstos me ponen los kilos necesarios para la semana y ellos se encargan de cobrar al Señor Conde. Cuento las raciones y arreglo con la grasa las judías, y Enrique de Pamplona se encarga de hacer el reparto de la comida y Escudero de Corella el vaso de vino.

Así seguimos por espacio de tres meses. Las noticias de que estamos sin persecución atraen a todas las desgraciadas víctimas de la revolución, los jefes se sientan a la mesa del Monsieur Hermán?, heredero de la casa. También se alejan o abandonan Bayona Don Babil y Don Cenón y se establecen en casa de María, madama de Jantin, familia cristiana y honrada, a quienes vuelvo a servir sin salario y gasto alguno, pues la manutención corre de parte del Conde, también hago la compra para éstos los días de mercado y salen muy económicamente. Los sacerdotes de la comarca se encargan de proporcionarles celebración, que les sirve de mucho alivio para ayuda de los gastos de la emigración.

Algunos me insinúan que haga sisa con el precio de las cosas que compro, como pollos, gallinas, etc. pero no atiendo tales consejos, porque no me parecen morales; hoy estoy contento de no haber hecho fraude a nadie, y menos a sacerdotes que, dejando las comodidades de sus casas y familias, sufren en el extranjero las molestias que lleva consigo la emigración.

Sin embargo de que tienen celebración, no les basta para el gasto cotidiano, y reciben de España algunas letras que les mandan a casa del judío León en Bayona. Para cobrar éstas hay que hacer una marcha de 60 quilómetros o más, me suplican que vaya hasta la barca de Camune?, que hay la distancia de 12 quilómetros. Emprendo mi marcha, pero tengo la suerte de que Monsieur Antonio y su esposa Caterina van a Bayona en un birlocho de dos ruedas, propiedad de casa, y me invitan a montar hasta Camune? Allí hay que tomar la barca que, tirada por dos caballerías, se desliza por la ría hasta Bayona, y esto cuesta poco precio para la distancia de 40 o 50 quilómetros, los viajeros encomiendan los cochecillos y caballerías adentro de la barca y les guarda hasta que volvemos al día siguiente.

Me advierten que si el amo sabe que soy español de los que están en Barraute, me negaría el pasaje por el odio excesivo que tiene a los carlistas, pues es un republicano rojo y tan enemigo de los católicos, que sacrificaría a todos en nombrando la libertad, igualdad y fraternidad.

Cuando me toca la suerte pido mi pasaje al sultán de la barca, que es un señor gordete entrado en los 50 o 60 años, me mira de arriba abajo y me niega el pasaje, todos callan y lo mira de súplica Monsieur Antonio, pero no se ablanda el corazón. Sufro y no sé qué partido tomar, si darle dos mojicones y escapar o tener paciencia; lo pienso bien y opto por sacrificarme y seguir adelante sin decir palabra. Sigo la carretera y, después de una legua, llego a Bidache, pueblo vasco, donde se guarda la fiesta del domingo, y todos los hombres están de recreo jugando

unos a los bolos, otros a naipes etc. Les pregunto si la carretera sigue a Bayona y me dicen que no, uno me dice que para Bayona debo seguir la senda de la ría que conduce a Laval, así lo hago. Necesito tomar una pequeña refección pero no puedo, porque me han dado una moneda de cinco francos de Luis Felipe, y ya me la rechazaron en una venta, donde bebí una copa de anís.

La sed y el hambre me apuran, pero me es imposible saciarla; llego a la ría y emprendo la marcha por la senda que va la caballería que tira la barca, son las dos de la tarde y sigo todas las rebueltas del río, lo que podía haberlo andado en tres o cuatro horas, tengo que hacerlo en siete.

Rendido, sin probar alimento en diez horas, llego a Laval después de obscurido, el tren llegará dentro de 79 minutos, hay que aprovechar el tiempo y me dirijo al estante donde no hay luz, se ve un poco de relumbre que entra de la puerta de la calle, pido 50 céntimos de tabaco al buen señor, le doy la moneda que tengo después de darme la caja de tabaco, me vuelve cuatro francos y medio. Pero para cerciorarme de las monedas que me vuelve, le hago encender luz y veo me da un doblón de 20 pesetas, se lo devuelvo y me protesta que es buena moneda y que la lleve, pero yo veo la equivocación y le digo que se haga cargo de lo que me ha dado. ¡Cuál fue su admiración! cuando le devolví lo suyo. Me preguntó una y mil veces si era español, me dio las gracias y el franco y corrí de allí pensando en que me iba a devolver el dinero de Luis Felipe; después supe que tenían orden los estanqueros para recogerlos y entregarlos en tesorería.

Capítulo 14º

El tiempo aprieta, pero más el ambre y el cansancio, me dirijo a un café, pido un par de huevos fritos, un poco de vino y el pan correspondiente. Mientras deboro el alimento, que tengo en la mesa, se me acerca un golfo, me pregunta de dónde vengo, a dónde voy; yo no quiero conversación, le digo me deje en paz porque necesitaba alimentarme para tomar el tren, pero no queda satisfecho y quiere y principia a amenazarme. Él levanta la voz y llamamos la atención del público que nos mira, lo despacho de mi mesa, no quiere marcharse, me levanto a medio comer, tomo el plato para plantárselo en la cara y aparecen todos los que están próximos a nosotros y dan contra el golfo, de manera que lo apostrofan y quieren sacarlo de allí.

Sí que me dan muestras de aprecio, me dicen que coma despacio y no tenga cuidado ni miedo, que al golfo lo hacen desaparecer de allí; yo les doy las gracias, pago mi contenido y pregunto por la gare, estación, y tienen la amabilidad de acompañarme. Así es que saqué buenos recuerdos de Laval, pueblo que no he vuelto a ver más, pero que hubiera ido a gusto de saber y conocer al golfo y demás señores que tomaron mi defensa.

Capítulo 15º

Salgo de Laval en el tren y llego a Bayona, donde paso la noche; al día siguiente me presento al banquero judío León, hombre seco de carnes, pero gordo en dineros y ambición. Tomé su cuenta, según la letra, y me dirigí a visitar a madama López, donde hallé todavía a Don Francisco Pui, disgustado enteramente de que no se entraba en España, a Don Manuel Arreche y Alcoya, lamentando que se les concluían los dineros y no veían claro dónde podían adquirir otros. El general Palacios, que hasta entonces había sostenido a Don Celedonio, desde su estancia en Biarritz, ya no existe allí, ni sabe dónde ha fijado sus reales,

de modo que para Alcoya se ha secado el manantial y no le va a quedar más que su buen humor²⁰.

Visité a los Capuchinos Padres Marcial Antonio de Azpeitia y otros para no volver más a Bayona hasta estar en plena guerra, que fui con una comisión por Dancharinea, donde hallé a unos amigos, Sarabia, Melchor, Alconero y otros comprometidos dos años antes en la conspiración del castillo de Pamplona la noche de Santiago. Madama Catarina me dice que a las diez sale la barca ría arriba para Camune? y seguro no se me negará el pasaje.

Allí me presento a la hora designada, pido billete y se me da sin repugnancia, me coloco de la manera que puedo, porque allí no hay comodidades, si no es una débil cuvierta para no tomar el fresco de la noche y principalmente de la mañana, que es bastante intenso, pues hasta los que guían las caballerías que tiran de la barca se recogen dentro para no saborearlo, dejan que las bestias sigan su paso moderado, conocedoras que nadie las ostiga ni arrea, como dicen los tíos de mi país.

Capítulo 16º

Llegamos sobre las ocho o nueve de la mañana, después de pasar una noche no muy grata, pues se ha descansado poco; tendido en el santo suelo, sólo pude conciliar el sueño a pequeños intervalos.

El foragido republicano que me negó el pasaje el día anterior no se hace a la vista, así se evita todo compromiso. Nos ponemos en camino, cada uno para su pueblo o aldea; después de muchos cumplimientos, Monsieur Antonio y su esposa me invitan a subir a su carruaje gratis, por gratitud a las compras que le hago en Sauveterre, Salvatierra. Pero cada vez que paramos, o se ofrece ocasión y bebemos una copa, se acerca una señora de Nabarrenx, prima de la patrona de los sacerdotes, que me conocía, y me invita a montar en su carruaje con tales instancias, que por fin acepto la invitación, con disgusto de madama Catarina, que comprende la malicia de la invitadora, que, después de separarse para su pueblo y haber seguido media legua y acercándonos a Barraute, me dice la madamita que tengo que darle franco y medio por su trabajo de llevarme aquel trozo de camino.

Me disgusto, razono y le digo que no, porque yo venía gratis en el otro carruaje y ella me ha invitado en subir, pero gratis, más no quiero oirla y le pago. Creo la primera vez que me engañaba una francesa, y ésta fue la última, porque siempre las miraba con prebención.

Entro en Barraute, doy cuenta de mi expedición, entrego los dineros y me sobran 13 reales por no haber comido el día referido, y sigo con un trabajo ordinario de gobernar a los sacerdotes y disponer de la comida de los acogidos en aquella santa casa y alimentados por aquella desprendida familia, mitad franceses mitad españoles, pues Doña Maravillas era la hermana del General Elío y del Señor Deán de Pamplona, Don Salvador; ésta tenía cuatro hijos llamados Don Hermán, Don Luis, Javier y Tristán, que estaba en el colegio de cadetes de caballería en Valladolid; también dos hijas, señoritas finas y bellas, casada la mayor

²⁰ Manuel Salvador Palacios, general carlista, que en 1872 se levantó en armas por Carlos VII en Guadalajara, y en 1875 fue comandante general de la División carlista de Castilla.

con un general ruso, poco cristiano y de tan mala conducta, que fue causa de la temprana muerte de su esposa Doña María, a cuyos funerales asistimos unos cincuenta españoles y todos los habitantes de Barraute.

Y reconocidos los grandes favores que de aquella noble familia recibíamos todos, lo mismo los habitantes del pueblo como nosotros. La jovencita Doña Maravillas quedó soltera cuando nosotros abandonamos aquella mansión, refugio de los defensores del catolicismo, a cuyo Señor estamos agradecidos toda la vida²¹.

Capítulo 17º

Llegó el mes de mayo y seguimos impacientes porque no entramos en nuestra Patria, se nos recomienda la paciencia, llevamos una vida, en cuanto a la moral, bastante regular; el Señor Párroco, anciano y santo varón, está contento con los españoles y nos pone por modelos de cristianos a sus feligreses, sin que hagamos cosas extraordinarias; acudíamos a misa, particularmente los días festivos, y permanecíamos atentos a ella. Ya que no comprendemos los sermones, procuramos estar silenciosos, recogidos y reza cada uno a los santos de su devoción; también asistimos al rosario y vísperas y después vamos a pasear por aquellas carreteras de Olorón, Navarrenx, Rivehaute, etc.

A la diversión de la música, que la forman en cualquier encrucijada, no se puede asistir sin faltar a la modestia y onestidad o con gran peligro de ella; la fiesta la constituyen los jóvenes de ambos sexos menos delicados del País, pues echo de ver que no asisten jóvenes de las familias más cristianas, pero no hacen falta los jóvenes de las familias calvinistas.

Y el viejo que rasca un violín hace rechinar los dientes; este individuo, que ni es ciego ni tuerto, sino que con unos hajos que le (...) aceite, vinagre es capaz de llevar al infierno a todos los jóvenes de ambos sexos que acuden a su alrededor y él con ellos. Pues no se contiene en beber vino y, para la noche, hay que conducirlo como los talegos, como en mi tierra, en ombros de prógimos que se compadecen de él, pero no en los que an bailado toda la tarde, pues éstos parecen pellejos de vino y no pueden ir solos sino acompañados, gritando desafíos como los locos del manicomio. Y así sucede todos los días festivos, si el viejo está en disposición de rascar el violín y mortificar a las personas decentes.

Capítulo 18º

Así pasa el tiempo, sin que haya movimiento alguno de entrar en España, ni tengamos noticias de cuándo haremos a manejar el fusil y defender la causa tres veces santa. Llevados de tales deseos, determinamos Fermín el Manchador²², hombre de mucha resistencia para el trabajo y las marchas, y yo salir para España y ver y examinar el espíritu del País.

No puedo precisar el día, pero sé que era mitad o hacia el 20 del mes de junio, cuando tomamos el camino para la frontera, once reales era todo nuestro capital. Después de haber caminado once horas, llegamos a San Juan de Pie de Puerto al anochecer; sin más capital que 25 céntimos entramos a la posada de

²¹ Maravillas Barraute Elío casó con Antonio Pérez Herrasti. Un tal Adolfo Barraute sirvió en el ejército de Don Carlos.

²² Natural de Aibar, el mote hace referencia a que accionaba manualmente las manchas o fuelles del órgano parroquial.

Hospitalet, donde hallamos varios españoles que habían acudido al mercado semanal, pero mi compañero se dirige, dejándome allí, a la casa de un conocido, donde se había alojado en otra ocasión. Habló con el marido y su esposa, se les declaró cómo habíamos llegado sin dinero y tuvieran a bien darnos posada por aquella noche, y a nuestra vuelta pagaríamos todo, y que no tuvieran cuidado, se le ofrecieron muy gallardos a todo, hasta darnos de cenar.

Volvió con la buena nueva a la casa de Hospitalet, me comunicó lo que había tratado con sus conocidos de otro tiempo, y nos despedimos de los españoles hasta la mañana siguiente. Pero cuál fue nuestro desencanto al encontrar la puerta cerrada, sin que la quisieran abrir, diciendo de la ventana que no querían abrir porque ya estaban en cama.

Volvimos a la posada de Hospitalet con intención de pasar la noche en ella, aunque sin cenar, yo poseía 25 céntimos para la cama, y para la de mi compañero saldría a casa del Señor Párroco y le pediría una limosna, aun esto salió mal, por haber salido el Señor cura asistir a un enfermo de mañana.

Nos invitan a tomar el desayuno, pero no aceptamos, porque no podemos pagarlo; uno de los españoles, natural de Val de Erro, me llama aparte y me dice: conozco a ustedes, no tienen dinero, tomen la copa y pan que yo pagaré, y también la cama, y nada les faltará en el camino con nosotros. Le dimos la gracias por todo, y salimos para Valcarlos; aquí no hallamos los carabineros, habían sido retirados por miedo a los carlistas, y esto fue un gran bien para nosotros.

Almorzamos en la fonda de Barcelona, y cuando nos disponíamos para subir el puerto, se nos presentó el alcalde. Este Señor llamado Chichuri?, conocido en aquel país por el liberal más avanzado y enemigo acérrimo de los carlistas, nos mira y acecha con recelo, hasta que se dirige a Fermín el Manchador y le pregunta de dónde vienen y a dónde se dirigen. Éste, sin reflexionar que es autoridad o que ésta nada vale en este caso, le responde con su lenguaje campestre ¡A ti que te importa, retoño!, le dirige otro apóstrofe poco retórico y se dirige por el monte adelantándose a nosotros.

Al desaparecer mi compañero, se dirige a mí y me pregunta de dónde soy y, sin inmutarme, digo que soy de Aspurz; les pregunta a los valderranos por mí y le dicen que me han conocido en el mercado, a donde había ido a comprar bestias, pero no me había arreglado y estaba en trato con una mula que iba a montar, como en efecto la monté. Y sin más pareceres subimos al puerto, yo montado en mi mula de dos años y mi compañero a pie, pues no había pasado un cuarto de hora, cuando salió del bosque y se nos unió, y dijo que había faltado muy poco que no acometió al alcalde con el palo que llevaba, lo que nos hubiera perdido, si no allí, más adelante. Pero el Señor alcalde ya merecía una lección de estaca, que le hubiera aprovechado para ser más cauto en adelante.

Capítulo 19º

Subimos el puerto sin novedad, al pasar por Roncesvalles temimos algo, porque dudamos si habían vuelto los carabineros a ocupar los puestos que habían abandonado, pero no, estaban lejos de allí, por lo menos diez horas de distancia, el contrabando se entraba libre por los pueblos fronterizos. Sin visitar a la Virgen, seguimos el camino hasta la venta de Espinal, donde por necesidad hay que separarnos de los valderranos, éstos nos recomiendan a un compañero de viage de Villanueva de Arrieta y le dicen nos dé alojamiento en su casa y de cenar, que no tenga cuidado, que ellos le abonarán todo el gasto.

Nos despedimos para no vernos más, y seguimos la senda de un monte espeso, donde encontramos a un carbonero, puede decirse dueño y señor del bosque, su aspecto es de un anacoreta flaco y estrecho de cara y rostro, como San Jerónimo cuando se empleaba en el desierto ayunando rigurosamente y trasladando canastas de tierra de una parte a otra para domar la carne y resistir las tentaciones. Así, éste no posee nada fuera de los utensilios de hacer el carbón, allí no hay ni pan, ni agua, se encienden los sacos de carbón cargados en el macho para llevar al pueblo, y si no por nuestra ayuda se abrasan los tres, carbonero, bestia y amo de ésta. No hay agua para trance tan apurado, y quedan tendidos los sacos y el carbón por el suelo; segunda vez llenamos los sacos de otra hoyo que tiene preparada para llevar a Pamplona, también se enciende un saco, que con tierra apagamos.

Y seguimos la marcha, llegamos al ocultarse el sol en occidente. Cercanos al pueblo, hay que acechar si han vuelto los carabineros a Villanueva, y para esto me dirijo con precaución a un alto, hasta cerca del pueblo, miro y vuelvo a mirar, según me había encargado nuestro guía, porque tenía que salvarnos y salvar el contrabando, que por poco que valiera representaba unos cientos de pesetas, que para estas familias fronterizas son una fortuna.

De la requisa y examen resulta que no hay carabineros, continuamos sin cuidado. En esta noche no nos faltó una mala cena, pues como la dueña de nuestro alojamiento no ve con agrado nuestra llegada, nos mira con recelo y con mala cara; con todo agradecemos lo poco que se nos hace. Por la mañana, sin tomar nada, pues nos dijo la Señora nada había en su casa, sino un pedazo de pan que nos puso en la mesa, tan duro, que no lo pudimos morder con nuestros dientes de veinticinco años.

Capítulo 20º

Salida de Villanueva, encuentro de los carabineros en Artajo. Salimos de Villanueva, después de ofrecerles nuestras casas en Sangüesa y Aibar, con la esperanza de que el tabernero de Nagore era conocido de Fermín y nos dará pan y vino para reforzar algún tanto nuestros cuerpos. Al pasar por la carretera nos llamó el cura de Urdíroz, Fermín siguió adelante, pero me pareció debía corresponder aquel obsequio de llamarnos, y así lo hice. Nos saludamos afectuosamente y me preguntó de dónde veníamos; después de satisfacer su curiosidad, llamó a la sirvienta y le hizo servirme el desayuno, me dio un cigarro puro y seguí a mi compañero que lo encontré en la taberna de Nagore, donde rehizo sus fuerzas con una libra de pan, un pedacito de queso, y pinta de vino, que para pago de esto dejó los borcegués nuevos, los que rescataría cuando volviese a Francia.

Ya rehechos de la fatiga y alimentados, caminamos para Aoiz, donde tomamos el camino de Sangüesa por la afueras de la villa, y llegamos Artajo, donde hallamos en la venta y fuera de ésta pasados de sesenta carabineros, concentrados allí por miedo a las noticias que tenían de la entrada de los carlistas.

Entre ellos vi un conocido y, para no infundir sospechas, me dirigí a él, le saludé y, después de recordar los años que había pasado en Sangüesa de barbero, mancebo en casa de Don Ramón Íñiguez, me dijo de dónde veníamos; contesté que veníamos de Aoiz de ver a unos presos interesados y lo mismo Fermín, que era de Aibar. Nos hizo entrar a la venta, allí bebimos una pinta, yo seguía hablando con ellos acerca de los carlistas, los animé no tuvieran cuidado, que nada se decía de tal asunto y que podían dormir con tranquilidad.

Fermín me dijo que Aibar estaba más lejos que Sangüesa, y que me dejaba para llegar antes de la noche; yo le dije tenía más tiempo, y así me quedaba allí y que fuese solo. El objeto era no entrasen en sospechas y nos tomasen por lo que verdaderamente éramos. Así pasé en conversación con unos catorce, que eran los que entramos en la venta, y pasado un cuarto de hora me despedí de todos, y principalmente del mancebo antiguo, ofreciéndonos nuestros valimientos y servicios. Entre tanto, yo decía para mí, si de éstas sales libre, no será pequeño milagro; salí de allí sin que volviera la vista atrás, y sí a buen paso para adelante, sin que pudiese alcanzar a mi compañero ni verlo hasta volver a Francia, después de mil peligros, como diré después.

Capítulo 21º

Llegada a Sangüesa, estancia peligrosa. Entro en Sangüesa por la noche y encuentro que mi madre tiene alojados un carabinero de caballería y su esposa la tía Agustina, muger muy devota de la Virgen del Carmen y de todos los Santos de la corte celestial, la que me refiere los trabajos que ha pasado con su marido el de Madrid, que no eran pocos ni pequeños, y más referidos por una jerezana, andaluza, graciosa en grado superior.

Se me toma por conspirador, la tía Agustina es la encargada por su marido de espíar quién entra y sale de mis habitaciones; convencida de mi inocencia y sencillez en materia tan delicada, me da aviso de los encargos que ha recibido y que no tenga cuidado por ella, pues aunque fuese verdad, estaría siempre de mi lado, porque no estaba conforme con la conducta de aquellos foragidos y que mandaría aviso de todo aquello que ella supiera respecto del asunto.

La cosa se agraba, y me dice que su marido le proibe pase a nuestras habitaciones y tenga conversación con mí y con mi madre; así que no pasa ni habla sino en las horas que sabe está segura, cuando su marido está de centinela. Pasan los días y me hago más sospechoso, así que determino volver a Francia y no caer en manos de la gente sin conciencia. También me anima a marchar la epidemia variolosa que se ha cevado en mi calle, pues de 28 familias que la habitan han muerto 22 individuos de ambos sexos, los más jóvenes y robustos; en mi familia no se conoce tal enfermedad, pues era la única libre y lo fue después en toda calle, porque llegamos a dormir con virolentos y no contraer enfermedad tan peligrosa y repugnante.

Capítulo 22º

Salida de Sangüesa. Para evitar contratiempos y desazones a mi madre y hermano, determino salir y marchar a Francia, pero la víspera de emprender la marcha se recibe una carta de Don Mariano Larumbe en la que pregunta por mí, si acaso estoy en esta ciudad, y si no estoy escriban a Francia que acuda lo antes posible a Pamplona, porque necesita de mis servicios para el negocio que lleva entre manos, que ya puedo pensar cuál es, y necesita muchachos de vigor y confianza²³.

Leída la carta, determino salir por la noche a buscar a mi amigo Fermín a la villa de Aibar, para no infundir sospechas y llamar la atención, pues había-

²³ Natural de Lecumberri. Intervino en la primera guerra carlista. Ya brigadier, dirigió la fracasada sublevación de Pamplona de 1869, y condenado a muerte, le fue conmutada la pena por el destierro en las islas Marianas. Fue administrador del conde de Javier.

mos quedado darnos aviso para ir juntos. Salí a las nueve de la noche y me quedé en la Celada, en la cabaña de Muniáin, a fin de sentir menos el frío, que hacía bastante. No pude cerrar los ojos, tanto que mi cuerpo tiritaba con el rigor del invierno. Al rayar el alba me dirigí por la carretera y llegué, al salir el sol, a Aibar, pegué en la puerta de su casa, pregunté por mi amigo y se me contestó había salido el día anterior para Francia. Lo sentí sobremanera, porque sabía no conocía peligros, y éste era a quien se le podía confiar secretos que no deben traslucirse jamás al público.

Sin detenerme, pasé a Rocaforte y me alojé en casa de Joaquín y Clotilde, les expliqué mi viaje y me prepararon una cama, donde descansé una porción de horas. Rehecho de mis fatigas, por la noche me dirigí por la carretera de Pamplona, cuando me alcanzó el coche correo, pedí permiso para montar, que se me negó por los muchos asientos que llevaba, eran 24?, diciéndome que si se rompía el coche, yo cargaría con el pago de los desperfectos. Callé, puse el pie en el estribo y en un salto me puse en medio de la multitud de viajeros, que ocupaba la vaca del coche, persuadido que los desperfectos del coche, si los había, estaba libre de pagarlos, porque nada tenía ni poseía.

Llegamos a la capital sin novedad, me presenté a la administración y pagué lo que me pertenecía dar de cerca de Idocin, y me dirigí a casa Melchor Alconero, habitante entonces en la calle Calderería, adonde me había dado orden de alojarme. Taberna de fama en aquel tiempo, pues a ella acudían multitud de carlistas a saborear los ricos vinos, que Melchor adquiría para satisfacer a su larga clientela.

Capítulo 23º

Permanencia en casa de Melchor Alconero. Llamo a la puerta de la habitación, se me abre, y al momento se me pregunta el objeto que me lleva, doy satisfacción completa, según esperaban de antemano, y quedan satisfechos. Allí se hallaba Sarabia, por sobrenombre Achipa?, carpintero obrero de San Saturnino, éste se encargaba de darme alojamiento para dormir en su casa el tiempo que permanezca en Pamplona, así como Melchor. Sin tardar muchos días, se me llama a la calle de Tecenderías nº 1º, donde se hallaba alojado Don Mariano Larumbe; en esta primera entrevista me manifiesta el plan que se trama por los carlistas, y que espera seré leal y secreto para todo lo que necesiten de mi persona; contesto, ya sabe puede disponer de mí para los actos más arduos y peligrosos.

Me dio 25 pesetas y salí de allí, me hice cargo que era la cuarta o quinta casa detrás de San Cernin con dos balcones, y antes de despedirme me presentó una señora de unos cuarenta años, y me dijo era la que estaba a su disposición para las cosas necesarias al efecto, y que ésta me llamaría cuando fuese necesario, y que estuviese tranquilo en la casa de Melchor, que él pagaría los gastos que yo hiciese por aquellos días.

En efecto, pasaban las ferias de San Fermín, y ya algunos quincalleros recogían sus mercancías, sin dar señales de vida, cuando hacia el día 20 se presentó la señora referida y me dejó recado que fuese a su casa aquella tarde. Comí como acostumbraba y, pasado un buen rato, me dirigí a la casa mencionada, nos saludamos y me dice que se acerca el día de la sublevación, que hay tres guarniciones en nuestro favor y darán el grito de Viva Carlos VII y abajo la revolución. Éstas eran las de Zaragoza, San Sebastián y Pamplona. Me dio algunos datos, y me persuadí que la cosa era segura para conseguirse, nuestro triunfo se acercaba.

Después de esto, me dicen que la vispera de Santiago tengo que entrar en el castillo por la tarde, vestido de artillero figurando un asistente, yendo directamente a la cantina, y él entraría vestido de carbonero con su saco de carbón a sus espaldas. Volví al día siguiente, o sea la antevíspera de Santiago, me dijo que mi misión la iba a cumplir otro, y éste era un oficial alférez muy fino, que lo miró el centinela y le pareció no ser asistente, como él se lo aseguró. Dio la voz al cabo de guardia, éste lo examinó con atención y lo puso arrestado²⁴.

Nosotros, los demás comprometidos, recibimos orden de estar en la puerta del castillo trasera, nos reunimos sobre 50 hombres, todos decididos a cualquier eventualidad; la hora de las doce era la fijada para dar los primeros cañonazos de la sublevación, se nos abrirían las puertas, tomaríamos las armas uniéndonos a la artillería toda comprometida y a dos compañías de cazadores.

No quisiera equivocarme, pero el sargento llamado por apellido Cía con otro compañero era el designado para dar el grito de Viva Carlos VII y recibir a todos los hombres, preparados ya de antemano, que eran muchos, la flor de la juventud de Pamplona y de los Valles de Echauri y demás pueblos, que se habían de presentar para el amanecer miles de hombres. Como se comprobó, estaban bajo las Peñas²⁵ esperando los cañones que no se dieron. Los reunidos allí, que habíamos acudido por diferentes caminos, nos quedamos fríos y mojados, pues llovía aquella noche si no mucho, bastante para calar la ropa. A las dos y media de la mañana pareció prudente retirarnos cada uno a su alojamiento, para recibir órdenes y a ver lo qué había acontecido dentro del castillo.

Capítulo 24º

Nada se dice por Pamplona hasta las doce, después recibimos orden de salir para las diez a la puerta trasera del castillo, como el día anterior; cuando ya estábamos todos reunidos, se presenta un Señor diciendo que en la calle N. unos dos tenientes han matado al Corellano²⁶, que el mismo Marqués de la Ormazas venía avisarnos, pero que se ha vuelto del portal de San Nicolás, y que tiene noticia de que dos escuadrones salen a dar vuelta por las afueras de la ciudad y por la esplanada del castillo. Nos retiramos a la huerta de Barañáin.

A la mañana entramos por el portal de San Nicolás, pero nada hubo de vaticadas por los escuadrones de caballería, llegamos a casa de Melchor y ya teníamos la noticia que en el castillo nada se ha descubierto, esto acontecía el 26; por la tarde recibimos orden de avistarnos con los sargentos de artillería que iban a un café, que había detrás de San Lorenzo, allí subimos disimuladamente; estuvimos en conversación, que recayó sobre nuestro asunto, se descubren y dicen que al amanecer del 27 son ellos los que, mandados por su teniente coronel Aguado²⁷,

²⁴ José Aperregui, oficial de infantería, intentó entrar en la ciudadela de Pamplona y fue apresado. Se le conmutó la pena capital por el confinamiento en las islas Marianas.

²⁵ Se refiere a las peñas de Echauri. También iban a secundar la sublevación en Puente la Reina.

²⁶ Se trata de Manuel Salcedo, apodado el Corellano, agente de Joaquín Elío, marqués de las Hormazas, que al salir de la casa de éste, en el Paseo de Valencia, fue desarmado y en la fuga alcanzado por los disparos murió en la cárcel.

²⁷ De los seis sargentos de la guarnición, cinco estaba a favor de la intentona; fueron apresados, pero el capitán Félix Díaz Aguado, uno de los cabecillas de la conspiración, logró huir. Posteriormente intervino como comandante de artillería en la guerra carlista de 1872.

darán los primeros cañonazos o disparos de cañón, y al mismo tiempo se darán en San Sebastián y Zaragoza, donde toda la guarnición es nuestra. Nos despedimos hasta la mañana.

Salimos de allí Sarabia, Arrevillaga y yo, y me encuentro con la orden de que para las diez de la noche o las once se han de llevar 50 revólveres de casa de Sarabia a las caballerizas del Marqués de Vesolla, que se hallan cerca de San Lorenzo y las Recoletas. Cargo yo con esta comisión periglosa, (sic) se me enseña la puerta donde he de llamar suavemente y que habrá uno que me abrirá y me los tomará, yo volveré por otros hasta completar los cincuenta.

En efecto, cada viage llevaba siete, apretados en la faja en derredor de la cintura, con una blusa larga, que me había comprado con las parte de 25 pesetas, y mi boyna blanca, nada se me conocía. Al cuarto viage me encuentro de improviso con algunos serenos y policías que llevaban a dos rebovedores, a puro de empellones, a la cárcel. Temí una vez, que no podía retroceder sin ser notado, cayera uno de aquéllos sobre mí y quedase al descubierto toda mi maniobra, pero ya pude la-dearme con alguna dificultad, por la aglomeración del gentío, que se iba reuniendo en derredor de los borrachos y policías, y llegué con bien a la puerta, donde se me despachaba con prontitud para cumplir con mi misión un poco ardua.

Ya había llevado 35, se hacía un poco tarde, faltaban 15 que llevamos entre dos, a 8 el uno y 7 el otro. Aquella noche se procedió a repartir a cada uno el suyo entre los que habían consentido, pero entre los cincuenta, sólo dos sabíamos el manejo de cargar las armas; hubo que enseñar a aquellos muchachos de buena voluntad a cargar los revólveres y a descargar, y esto costó su gran rato.

Allí nadie dormía, se acercaba la ora que se había consignado, que eran las tres a tres y media; tres habían de ir al cuartel de la Guardia Civil, que estaba en la calle Mayor, al primer cañonazo; por si acaso no oían, el oficial que era contrario al plan, estaban encargados los sargentos y demás individuos de hacerlo seguir o dejarlo en libertad, según conviniera. Los demás, habiendo de salir y dirigirse al castillo y salir con la infantería por la ciudad, que ardía en deseos de dar el grito y unirse a los soldados y paisanos, que estaban avisados para unirse al amanecer.

El cañonazo no se dio, se hizieron las cuatro de la madrugada y estaba de día claro, entonces se dispuso fueran saliendo de dos en dos, salimos Arribillaga²⁸ y yo y nos paramos a bastante distancia para observar cómo salían; hasta salir 25 se obserbó lo mandado, pero después ya salían de seis en seis y de ocho en ocho, sin orden ni concierto. Sólo nos favoreció que en Pamplona se madruga mucho por la tarde o noche, un poco de vigilancia que hubiera habido nos hubiéramos hecho sospechosos, pero no se vigilaba.

Mi compañero y yo entramos por la calle Mayor, llegamos al cuartel de la Guardia Civil, están en las puertas dos muy alicaídos, nos preguntaron qué acaece que todos aguardamos y no llegan; les hacemos sabedores de nuestro encierro y cómo hemos salido cada uno por su lado sin resultado alguno, y así nos despedimos de estos señores. Uno era de Cáseda, casado con una joven de Ustárroz, roncalesa, el otro no recuerdo ahora.

²⁸ Posiblemente se trate de Antonio Arribillaga, escribiente de la policía urbana, apartado de su cargo en 1869 por no jurar la constitución. CAMPO, L. del, *Pamplona durante el Gobierno Provisional y la República (1860-1870)*, Pamplona, 1992, p. 96.

Capítulo 25º

Llegué a la casa de Melchor con la cara alegre pero el corazón triste, descansé un rato, y después del desayuno salí a la barbería que estaba en la plaza del Castillo, esquina cerca de la bajada de San Agustín. Yo era desconocido a todos y no se percataron de hablar a su gusto y placer; decía el barbero, mientras mojaba a un cliente y aguardábamos los demás: ¡Esto no se puede sufrir! En Zaragoza estaba la guarnición comprada y ganada para los carlistas en convivencia con la de aquí y San Sebastián y otras. Aquí no es extraño, pero en Zaragoza, la ciudad progresista, ¡esto es inaudito! Tales aparatos hacía, que yo creía que iba a dar con el gaznate del individuo que rasuraba. Yo disimulaba como un aldeano ignorante, sin responder ni tomar parte en la conversación animada de los sucesos actuales.

Conocí que nuestro negocio estaba al descubierto, me retiré a la calle de Pellegrías a casa de Alconero, allí reynaba la tristeza y se me mandó ir a casa de Sarabia donde recibiría un ato que tenía que llevarlo a la casita de los Pinos, situada encima del cementerio. Recibí el ato que contenía el uniforme de coronel y 25 pesetas para entregarlas con el traje N Ozcáriz?, coronel que después murió en las calles de Oñate atacando con los nacionales, como un valiente hasta la temeridad.

Caminaba con mi pañuelo tan fresco, como si no hubiera peligro alguno, todo estaba en paz, cuando había salido del Portal, que existía un poco más abajo de la Fuente de León, sobre ocho pasos, siento con gran sorpresa un ruido extraordinario. Era que habían cerrado los portales con gran ímpetu, volví la cara y pregunto a uno, que venía tras de mí, qué sucedía, y me contestó han recibido orden de registrar a todos los que salgan por los portales y a usted no le ha registrado, como no llevo más que mi cuerpo, me han dicho fuera que vamos a cerrar las puertas. Algo se susurraba de esto, pero las gentes no pensaban tan pronto.

De modo que mi salvación estuvo en dos segundos, dos segundos más tarde que hubiese salido se me registra, me cogen, y cogido en el castillo, y como al Señor Larumbe, hubiera sido deportado a las Carolinas o fusilado. Di gracias a Dios por tan gran beneficio que me había hecho en aquel día de liberarme de las manos de mis enemigos, y me encomendé a María, mi madre y auxiliadora, en aquella ocasión y otras, como se verá más adelante.

Capítulo 26º

Llegada a la casita de los Pinos y nuestra salida. Pregunto por la casita a una señora y me dice: está usted cerca de ella, me indicó dónde estaba y llegué a ella a las doce. Allí era un desconsuelo ver las casas de seis o siete veteranos de la guerra del 33, entregué el uniforme al señor Ozcáriz y las 25 pesetas que me habían dado para este señor, de las que me dio tres al despedirme. Los habitantes de la casita eran marido y muger con algunos niños, si mal no recuerdo cuatro, nos dieron un sopero de habas algo duras, que tenía para comer la familia, y un pedazo de pan, que agradecimos sobremanera, y nos preparamos para la marcha.

Después se trata de hacer algo, pero no se puede, en el castillo habían registrado; después de un minucioso examen, se ha preguntado al cantinero quién es ese señor que aparece en su habitación y contesta es un cercano pariente que ha venido a pasar unos días. Pero no se pasa por esto, se hacen presos al huésped, que no era otro que Don Mariano Larumbe, al cantinero y familia; todo esto se sabía en la casita por aquellos veteranos. En vista de estas noticias, determinamos dividirnos y salvarnos, cada uno del mejor modo posible.

Sarabia y yo nos dirigimos hacia Puente la Reyna, donde tenía muchos amigos, hicimos noche en Cizur Menor en casa del ministrante. Después de tomar algo de alimento y sacarme una muela el señor ministrante, sin que me llevase nada, salimos Sarabia para Puente y yo para mi tierra. Pasé por Aspíroz y entré en la venta de Nuain, que la habitaba un señor llamado Mina, espía fino de Moriones y Lagunero²⁹; mi objeto fue explorar disimuladamente algo, allí nada se hablaba de nuestro asunto, sino que por la mañana se habían acercado dos soldados de caballería, tomé un vaso de agua con esponjado y observé que no todo era santo en aquella familia del Señor Mina.

El día anterior habían confiado a ésta dos baúles para guardar hasta que llegasen dos señores del valle de Tena, éstos se hallaban abriendo los baúles de sus propiedades, pero con gran sorpresa echaron de menos las mejores prendas que había en ellos, teniendo éstos las llaves en su poder. De esto echóse la culpa a una hija coja del Señor Mina, pues según se dice no era la primera vez que tenían lugar estas azañas, y otras como éstas, en la venta de Nuain. Cuando después de tres años llegué a pasar por dicha venta, ya no la habitaba el Señor Mina, el expía.

Capítulo 27º

Salí de la venta en medio de la zambra que habían armado la coja del Señor Mina y los señores del valle de Tena, los que nada sacaron en limpio de sus quejas y reclamaciones, y llegué para la noche a casa de un pariente, donde deseaba descansar de la fatiga de las noches anteriores, pero me fue imposible, porque me parecía que no estaba seguro. En efecto, me levanto a las dos de la mañana y tomo el camino de Sangüesa con dos carreteros amigos y que pensaban como yo; llegados a Liédena, ellos siguieron su camino y yo tomé la barca, y descansé dos días en casa de Doña Rafaela Mendibe, alias casa del Soro.

De allí salí después de avistarme con Don Manuel Garralda, amo de la sierra molino de Entrambasaguas, sita en el término de Sangüesa, y persona interesada en nuestra causa, dispuesta a cualquier sacrificio.

Me dirigí por la sierra arriba; como el calor me apretaba flogéme un poco la faja, cayó el revólver al suelo, dio el golpe en una piedra y reventó, dándome el fagonazo en la frente, mas la vala fue a parar cuatro varas más adelante; desde aquel día procuré llevarlo descargado. Tomado descanso y repuesto de la fatiga que me causaba la subida del monte, emprendí segunda vez la subida hasta que llegué al alto de Ibarra, donde di vista a Lumbier, Adansa, Domeño, Arboniés, Usún, etc. me pareció me sería la bajada más fácil por la fuente de Adansa, pero no fue así, sino que el camino fue más áspero por la pendiente del monte, hallando parages que pude subir agarrado fuertemente a los chaparros y matas de resistencia que me sostenían, no cayera por los precipicios.

Por fin, llegué Adansa cuando no podía sostenerme de sed, vi a una Señora en la ventana de la casa y le pedí por favor me bajase agua, pues el río llevaba el

²⁹ Domingo Moriones y Murillo, natural de Leache. Militar liberal que en 1868 fue ascendido a general y designado comandante general de Navarra. Reprimió la fracasada sublevación carlista de Pamplona. En la última guerra carlista fue capitán general en jefe del ejército del Norte. José Lagunero Guijarro, militar en la guarnición de Pamplona, del partido republicano, tenía el mando militar de la plaza de Pamplona, en el verano de 1868, en ausencia de Moriones.

agua turbia y no había podido apagar la mucha que me apuraba. Esta Señora estuvo tan propicia, que me presentó una jarra con su vaso, me sirvió uno, dos, hasta cinco y le supliqué hiciera el favor de bajarme más, volvió con su jarra y aún bebí dos vasos; así apagué la sed abrasadora que me consumía, a pesar de mi resistencia fuerte en alto grado. Esta Señora era pariente, pero sin hacerme conocido pasé adelante y, sin entrar en Domeño ni Usún, llegué a la cuesta donde, antes de entrar en ella, vi bajaba un carabinero de Caballería; para no hacerme sospechoso principié a cantar el himno de Riego, que estaba de moda, pues los setembrinos lo entonaban antes y después de comer como en acción de gracias. Pasé por junto a su caballo, nada me dijo ni le dije. Para la noche llegué a Iso, donde descansé de mis fatigas.

Capítulo 28º

Estancia en Iso de ocho días. Hacía siete años que no había estado en casa de Jimeno, ni había visto a mi tía Plácida, anciana venerable, en compañía de su marido y sus tres hijas, Robustiana, Eulalia y Paca; se me recibió como de casa, permanecí ocho días, donde sudé y curé hasta un costipado, resultado de la mojadura de la noche que me quedé detrás del castillo, la víspera de Santiago. Y más allí no podía permanecer y salí acompañado de Paca y Eulalia hasta el puerto de Iso. Aquella tarde, cerca de las cuatro, me acercaba a Navascués y cuando intentaba ir por el atajo para hacer noche en Burgui, veo la pareja de Guardia Civil que se me acercaba, me apreté la faja con la blusa que era larga, disimulaba bien lo que iba en mi cintura.

A bastante distancia observé que uno era conocido, por estar casado con una joven de Sangüesa, a quien antes de dar lugar a que me hablasen saludé a distancia de veinte pasos o más, de modo que con mi saludo y conocencia los desarmé, si alguna intención tenían de hacerme alguna obserbación. Hablamos despacio de Sangüesa, de las familias de ambos, y le dije iba a pasar un mes en Uztárroz, Valle de Roncal, con el párroco, amigo íntimo; me convidaron principalmente Rey, cuyo hijo es hoy armero de la tropa, persona inteligente y que se puede tratar con él, pues no ha degenerado de las condiciones buenas de su padre, y nos despedimos.

A la noche llegué a Burgui, hice noche en la posada y, a la mañana siguiente, tomé el camino de Uztárroz; noté que los hombres que estaban por el río pescando, pues bajaba la agua turbia, debieron recelar algo de mí, como veremos luego, o de algún otro. Porque llegado que fui a la villa de Uztárroz y pasadas veinticuatro horas en compañía de mi amigo Don Javier Bandrés y Don Dionisio Martín, se presentó al anochecer un capitán con ciento catorce carabineros, llamó al alcalde y le dirigió la pregunta siguiente: ¿Usted tiene noticia que ha llegado un carlista hayer a esta villa? Contestó que no. Pues ahora tengo la gente muy fatigada, y necesita de alojamiento que descansar esta noche, y mañana registraremos las casas.

Alojados los individuos y el mismo jefe, se presentó el Señor Alcalde en casa del Párroco, le contó lo sucedido, el Párroco tiembla (poco acostumbrado a estos sucesos) por mí, pero yo le digo no tenga cuidado de lo que me pueda suceder, que yo siento sea víctima de darme hospedage, y para que vea mi modo de obrar, pudiendo fugarme, huir aquella misma hora, me quedaré aquí para que no tenga que responder de mi persona, pues prefiero me lleven preso, antes que por mi causa lo molesten lo más mínimo.

Calmados los ánimos, cenamos y dormimos bien; a la mañana nos levantamos y, aguardando que se hiciera el registro, se presentó el Señor Alcalde a las seis diciendo que ha visitado al Señor capitán y le había dicho no pensaba molestar a los vecinos de la villa, ni hacer registro alguno, sino que después de comer y descansar bien, emprendería la marcha a las cuatro de la tarde por el Valle abajo.

Con esta determinación resolvió el Señor Párroco, a una con el Señor Ugalde, alcalde, me acompañase el sacristán hasta la cima del puerto, como lo hizo por las sendas que él sabía y tenía bien trilladas de otras ocasiones.

Capítulo 29º

Cuando me despedí del guía me uní a dos franceses, que iban con cuatro machos cargados de lana, uno de los dos iba embriagado de tal modo, que hubo de quedarse bajo de un árbol hasta deborar la mona, el otro siguió con las cuatro caballerías; en los malos parages del Pirineo tomaba yo las dos caballerías del borracho, y así fuimos salvando los malos pasos gracias a Dios, que bien necesitaban de nosotros para guiarlas. En la parte de España tubimos un cielo despejado, como dicen es el cielo de Valencia y Andalucía, pero al pasar los límites de una nación a otra, nos vimos envueltos en una espesa niebla que hacía de toda la Francia un mar estenso, de mitad del gran Pirineo por bajo estaba envuelta toda en la niebla espesa, que cuando llegamos a ella, nos acíamos a cuatro pasos con mucha dificultad.

Se necesitaba toda la atención posible para saber aquellos pasos, que no los hubiera pasado el borracho que dejamos detrás, principalmente el de San José, que me ponderaba el francés y tenía razón, puesto ni las bestias, acostumbradas a ir por aquellos parages, casi podían salir de ellos, pero lo hacían con tal habilidad aquellos animales que parecían domesticados, como los ungaranos domestican a los osos. Para salvar los troncos de a vara arrastraban las patas de atrás y a un tiempo echaban las de adelante a fijar con seguridad en el descenso.

San José tenía su culto en la mitad de la bajada del puerto de Larráun, su habitación consistía en un pilar de dos metros de alto y medio metro de ancho, en el centro; a metro y medio de altura había una abertura, a manera de ventana, y dentro estaba colocada la estatua de San José, media vara de alta. Allí nos quitamos las boinas y nos encomendamos al Santo Patrón de la iglesia universal y de los agonizantes, y me despedí para no volver a ver aquella santa columnita, que albergaba la estatuita del santo de los pobres y apurados, y que me impresionó en sumo grado ver a San José en aquel parage.

Por fin llegamos al primer pueblo de Francia, allí salió un Señor a registrar el ato que llevaba, en él iban cuatro camisas de lino, algunos pañuelos de mi uso, una faja de seda, que me había encargado Don Babil (que después fue capellán del 7º Batallón de Navarra). Aprendí en la sierra de Leire, cuando se me descargó el revólver, éste iba colocado disimuladamente en medio de las camisas y pañuelos, pero el encargado no hizo mayor caso y lo salvé, pasó sin pagar nada, cuando esperaba perderlo.

El francés de los mulos con lana se retiró de Larráun a Santa Engracia, villa bastante grande, y yo seguí la carretera, dejando algunos pueblecitos pequeños a ambos lados, hasta que llegué al anochecer a Tardets, pueblo de unos 1.500 habitantes. Recuerdo me dieron para cenar en la posada verduras y por ración setas con pipenta, piperras? en España especie de guindillas que picaban bastante.

Por la mañana pregunté cuánto era el gasto de la cena y cama, me dijo la Señora una peseta, pagada que fue, salí para Mauleón en el coche de San Fran-

cisco, me detuve viendo los buenos edificios que había en la plaza y calles céntricas y seguí adelante por ver si llegaba hacer noche al punto de mi salida; anduve aquel día más de diez leguas con un pedazo de pan, pero recreando la vista con la infinidad del valle, sembrado de navos y algunos maizales todos de seco, tanto que no pude apagar la sed que me apretaba hasta llegar a Rivehaute, pueblo donde el conde Barrot tiene su palacio y alguna servidumbre. Allí descansé mi gran fatiga, apagué la sed y salí para Barrautte, donde había salido hacía cerca de tres meses, llegando a las siete de la tarde, abrazarme con mis paisanos Tomás Domeño, Bonifacio Taboada y Fermín el Manchador, Clavillo y otros que aguardaban por minutos el entrar en España.

Capítulo 30º

Mi permanencia en Barrautte. Comunicué a mis amigos mis tristes impresiones de lo acaecido en Pamplona en reserva, pues de saberlo, muchos de los que estaban allí se hubieran desesperado de que los acontecimientos se habían retrasado para dos o tres años, y había que principiar los trabajos de nuevo, como lo pensaba sucedió. Estos acontecimientos relatados tenían lugar en el verano de 1869 y la guerra principió en 1873. Yo, que preveía que estaba lejos la entrada en España, al menos como guerra, determiné ausentarme de allí, después de pasar unos días que eran deliciosos en aquella tierra por los meses de verano y que casi no parecía verdad lo que ahora referimos.

Concluidas las faenas del campo por la mañana, por las tardes se dedicaban los jóvenes emigrados a pescar anguilas de la manera siguiente; el río que tiene su nacedero en los Pirineos por la parte de Sant Christau, el pico del Midi, llamado el Adour, y pasando por Navarrenx, que desagua en Bayona. Este río, por espacio de tres leguas o más, estaba arrendado a una familia española, y nadie podía pescar con redes bajo penas severas que se cumplían y respetaban con gran rigor. La abundancia de anguilas era tal, que millares de éstas se ponían debajo de las piedras de las orillas, donde se veía la agua, para defenderse de caer en las fauces de otros pescados de mayor tamaño, que abundaban, por no ser perseguidos en dos o tres leguas de distancia.

Aquí se dirigían los españoles armados de tenedores de yerro, pues no estaba vedado el pescar de esta manera, y uno levantaba la piedra y las anguilas sacaban la cavocita de la piedra, y el armado de tenedor estaba listo y traspasaba la cabeza de los pescaditos y que los tiraba a donde no había agua; allí las recogía otro, puesto o colocado ad hoc, de modo que todos los días había meriendas de anguilas, pequeñas pero delicadas, mucho más que las mayores, compuestas con tomate, etc.

Esta vida hacía olvidar la nostalgia de estar fuera de la patria los que no se cuidaban del porvenir, sino que aguardaban uno y otro día la orden de tomar el fusil y entrar en España a hacer la guerra a la república, que era la vergüenza de nuestra nación. Pasados algunos ocho o diez días, participé a mis amigos mi determinación de ir a Roma a servir al Sumo Pontífice, y si acaso querían seguirme, les decía no tuvieran cuidado, que ya llegaríamos a tiempo después de cumplir los dos años, que era el tiempo por el que se alistaban todos. No determinándose a seguirme, los convidé a un almuerzo en la casa de Pistoleque, que costó con dos litros de vino trece reales, sólo me quedaban 15 pesetas y con ellas tenía que atravesar toda Francia y parte de Italia.

Nos dimos las manos y nos despedimos hasta que fuese la voluntad de Dios el reunirnos otra vez, que después de tres años en la toma del fuerte de Sangüesa,

Cesáreo Sabio



Cesáreo Sabio con uniforme de zuavo pontificio.

donde Radica y demás jefes con el 2º Batallón, después de cinco horas de fuego, viendo que las puertas del fuerte iban a ser batidas por la artillería carlista, se rindieron pasados de trescientos hombres, entregando las armas y siendo conducidos hasta los portales de Pamplona³⁰.

Capítulo 31º

Salida de Barrautte.

RESUMEN

Las memorias del clérigo sangüesino, y aventurero carlista, abarcan los sucesos que le ocurrieron entre los años 1868-1869. Siendo estudiante de cura en Tudela, y a raíz de la revolución de septiembre, huyó, junto con otros, a Francia, en donde se estaba preparando la entrada del pretendiente carlista, Carlos VII, a España. Nos describe con todo detalle la vida penosa de los exiliados, siempre dispuestos a defender la causa tres veces santa de Dios, patria y rey. Tomó parte muy activa en la fracasada conspiración de Pamplona, en el intento de tomar la ciudadela militar, en julio de 1869. Huido de nuevo a Francia, se dirigió a Roma en donde se enroló, como zuavo, en las tropas del ejército pontificio en guerra contra las de Víctor Manuel II de Italia.

ABSTRACT

The memoirs of this Sangüesa clergyman-cum-Carlist adventurer cover the events that surrounded him between the years 1868 and 1869. Whilst still studying for priesthood in Tudela and due to the September Revolution, he fled, together with others, to France where preparations were being made for the entrance in Spain of the Carlist pretender, Carlos VII. We are given a detailed account of the hardships experienced by the exiles, always ready to defend the three-times holy cause of God, country and king. He took a highly active part in the doomed Pamplona conspiracy in the attempt at taking control of the military citadel, in July, 1869. Having fled once more to France, he made his way to Rome where he enrolled as a "zouave" in the Papal army in the war waged against Victor Manuel II of Italy's troops.

³⁰ Durante septiembre de 1873 el coronel carlista Teodoro Rada, "Radica", logró en dos ocasiones tomar la plaza fuerte de Sangüesa, ocupada por las tropas liberales.